

dirección. No quiere decir esto que no hubiese podido recibir cien francos, John, si mi pobre muchacho que marchó á California, viviese aún. Le amabais como á un hijo, ¿verdad? No hay que asegurármelo; me consta.—«A Caleb Plummer. Porte pagado.» Sí, sí, esto es; una caja de ojos de muñecas para las tareas de mi hija. ¡Ojalá sus ojos pudieran encontrarse también en el fondo de esta cajita!

—Lo desearía con todo mi corazón.

—Gracias, —repuso el hombrecillo. —Vuestro lenguaje sale verdaderamente del corazón. ¡Cuando pienso que no podrá ver nunca las muñecas que están allí, fijando todo el día los ojos en ella! ¿No es esto muy cruel? ¿Qué os debo por vuestro trabajo, John?

—Buen trabajo os haré pasar si repetís semejante pregunta. ¡Dot! Estuve á punto de...

—Os reconozco, John, —dijo el hombrecillo. —Tal es vuestra bondad ordinaria. ¡Vaya! creo que estamos listos.

—No lo creo yo así, —añadió el mensajero. —Haced memoria.

—¿Hay algo para el amo? —preguntó Caleb después de haber reflexionado un instante. —Tenéis razón: por orden suya vine, pero mi cabeza está tan fatigada con las arcas de Noé... y además, ¿no ha venido él en persona?

—¡El! —respondió el mandadero, —no lo creáis; está demasiado atareado con su cortejo.

—No obstante, vendrá, —dijo Caleb, por-

que me recomendó que saliese por el camino acostumbrado, añadiendo que á buen seguro le encontraría. Y á propósito; bueno será que me vaya. Pero antes, señora, ¿tendríais la bondad de dejarme pellizcar la cola de Boxer por un segundo? ¿me lo permitís?

—¡Qué pregunta tan singular, Caleb!

—Dispensadme y no hagáis caso de lo que ocurra, porque quizá no sea muy de su gusto. Acabo de recibir un pedido regular de perros rabiosos y desearía acercarme, en cuanto fuese posible, á la realidad, aunque la retribución no exceda de doce sueldos.—

Pero felizmente Boxer, sin que fuese necesario aplicarle el estimulante propuesto, se puso á ladrar con excepcional ardor. Pero como tales ladridos anunciaban la llegada de una nueva visita, Caleb, aplazando para un momento más favorable su estudio del natural, colocóse la cajita redonda sobre el hombro y se despidió á toda prisa. Y seguramente hubiera podido ahorrarse toda su agitación, porque encontró al recién llegado antes de pasar la puerta.

—¿Estáis aquí todavía? Pues bien, esperad un poco. Os acompañaré hasta vuestra casa. John Peerybingle, estoy á vuestra disposición y sobre todo á la disposición de vuestra mujer. ¡Cada día más bonita y más buena! ¡Y más joven también! ¡Es endiablado!

—Me extrañaría de vuestros cumplidos, señor Tackleton, —dijo Dot algo fríamente,

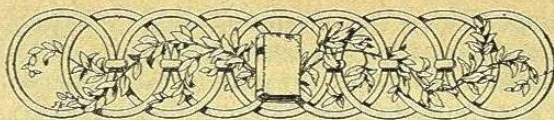
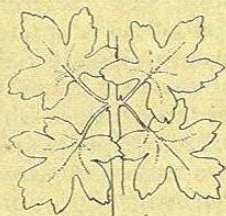
—si vuestra nueva situación no me los explicase.

—¿Lo sabéis todo?

—He procurado creer lo que me han dicho.

—¿Lo creisteis con dificultad?

—Lo acertáis.—



V

TACKLETON el comerciante de juguetes, casi generalmente conocido bajo el nombre de Gruff y Tackleton (era la razón social, aunque Gruff hubiese muerto hacía mucho tiempo, legando el nombre al asociado, y según el decir de la gente, el mal humor que el diccionario inglés atribuye á su nombre malsonante); Tackleton, el comerciante de juguetes, había sentido una sincera vocación desconocida de sus padres y su tutor. Si hubiesen hecho de él un usurero, un procurador codicioso ó un portero, Tackleton, desahogando sus malas inclinaciones durante la juventud, después de agotar toda la malignidad de su ser en los deberes naturales de su estado, hubiera llegado á ser amable aunque sólo fuese por el atractivo de la novedad. Pero, reducido á aumentarse la bilis, encadenado á sus apacibles ocupaciones de comerciante de juguetes, había

llegado á ser un verdadero ogro doméstico, que viviendo á expensas del bolsillo de los niños, no cesaba un solo instante de ser su enemigo mortal. Despreciaba los juguetes, y no hubiera comprado uno solo por todo el oro del mundo; hallaba, gracias á su mal carácter, singular placer en arreglar caras hinchidas de expresión feroz á los labradores de cartón que conducían sus puercos al mercado, á los pregoneros que anunciaban una digna recompensa al que en-



contrase la conciencia perdida de un abogado, á las viejas mecánicas que zurcían medias ó partían pasteles, y á cuantos personajes ponía á la venta. Se sentía verdaderamente feliz al imaginar máscaras terribles, diablillos que aparecían por sorpresa, feos, crespos, de ojos colorados; cometas-vampiros, barqueros demoniacos que no podían colocarse patas arriba levantándose constantemente para correr hacia los niños muertos de miedo. Este era su único con-

suelo, y por decirlo así, la válvula de seguridad por cuyo medio se escapaba su mal carácter. Tenía verdadero genio para semejantes invenciones; y la idea de alguna nueva pesadilla le causaba un placer inenarrable. Llegó á perder dinero (éste era el único juguete que le gustaba) para procurarse asuntos infernales de linterna mágica en que los poderes de las tinieblas estuviesen representados bajo la forma de crustáceos sobrenaturales de rostro humano; y había comprometido un capitalito para exagerar la estatura terrorífica de sus gigantes, y aun sin ser pintor, indicaba á los artistas que empleaba, con ayuda de una pizarra, ciertas miradas furtivas destinadas á modificar de un modo tan extraño la fisonomía de los monstruos que á su vista se llenaban de espanto las almas de los jóvenes *gentlemen* de seis á once años durante las vacaciones enteras de Navidad ó de Pascua.

Lo que era Tackleton con respecto á los juguetes, lo era con respecto á todo el mundo. Por lo tanto, podéis suponer que su traje verde, abrochado hasta la barba, que descendía hasta las pantorrillas, envolvía al individuo más cargante del orbe; figuraos el personaje más distinguido, más agradable que se hubiese puesto un par de enormes é imbéciles botas color anacardo.

¡Y no obstante, Tackleton, el comerciante de juguetes, iba á casarse! Sí, á pesar de todo, iba á casarse, y con una joven, y aun con una hermosa joven.

No parecía ciertamente un novio cuando apareció en la cocina del mandadero, con

su cara seca y fría como una cuerda de pozo, su extravagante figura, el sombrero echado hacia adelante sobre la punta de la nariz, las manos hundidas hasta el fondo de los bolsillos y con toda su mala naturaleza henchida de sarcasmo, saliendo á luz por un rinconcito de su ojillo, como la esencia concentrada de una bandada de cuervos. No obstante, era él indudablemente el novio.

—Faltan tres días, —dijo.—El jueves próximo, último día de Enero, nos casaremos.—

¿He anotado que tenía siempre un ojo grande y abierto, y el otro casi cerrado, y el último era siempre el ojo expresivo? No creo haberlo dicho.

—Sí, nos casaremos,—repitió Tackleton haciendo resonar su dinero en el bolsillo.

—¡Pardiez! El mismo día del aniversario de nuestro matrimonio,—exclamó el mandadero.

—¡Já, já, já! —añadió Tackleton riendo.—¡Vaya un caso! Precisamente formáis una pareja muy semejante á la nuestra. —

La indignación de Dot, al escuchar una aserción tan presuntuosa, no puede describirse. No hubiera faltado más que Tackleton acogiese la posibilidad de un niño semejante también á su chiquillo. Tackleton estaba loco; era indudable.

—¡Esperad, esperad! He de deciros dos palabras,—murmuró Tackleton empujando de nuevo á John con el codo.—¡Vaya! supongo que antes de la boda vendréis alguna noche á vernos.

—¿Por qué?—preguntó John, extrañado de la diligente hospitalidad de su interlocutor.

—¿Por qué? —respondió éste.— ¡Buen modo de recibir una invitación! ¿Por qué? Por el gusto de veros, por lo agradable que me fué siempre vuestra compañía, y por muchas otras razones que paso en silencio.

—¡Nunca os había visto tan sociable! —dijo John con su simplicidad y su franqueza habituales.

—¡Bah, bah, bah! Comprendo que no hay que veniros con requilorios,—dijo Tackleton.—Más vale ir sin rodeos hasta el fin. Pues bien, la verdad es que ofrecéis... y vuestra mujer también, cuando estáis juntos, lo que la gente suele llamar un aspecto delicioso. Bien sabemos lo que ocurre en el fondo, nosotros los que...

—¡Cómo! ¿Lo que ocurre en el fondo?— interrumpió John.—¿Qué queréis decir?

—Bien, bien. No lo sabemos, si os gusta así. No discutiremos por una brizna de paja. Decía, pues, que, contando con cierta apariencia satisfecha que os nota todo el mundo, creo que vuestra compañía producirá un efecto altamente favorable en la futura mistress Tackleton. Y aunque yo no juzgue á esta buena señora,—y el orador se dirigió á Dot,—muy bien dispuesta en favor mío en este asunto, no dudo que aceptará mi ofrecimiento, porque sabe esparcir á su alrededor una atmósfera de satisfacción y de tranquilidad que siempre produce buen efecto, sea cual fuere el fondo de las cosas. ¿Vendréis, verdad?

—Habíamos dispuesto solemnizar el aniversario de nuestro casamiento con la ma-